

Esta pregunta no interesa solo GS, sino al conjunto de la enseñanza moral de la Iglesia y ha provocado todo tipo de reacciones. Para los más dogmáticos, todo forma parte del mismo paquete, de manera que cualquier doctrina de la Iglesia es sagrada e inmutable; a ellos el Concilio les recuerda la humildad de sus posiciones concretas. Otros creen que son dos niveles prácticamente separables y que cualquier afirmación del segundo nivel es simplemente opinión más o menos sensata; pero el Concilio no deja de aludir constantemente a la luz del Espíritu evangélico, también cuando reflexiona sobre las cuestiones más coyunturales.

GS no elabora un pensamiento sobre esto, a pesar de que es un interrogante para la doctrina moral de la Iglesia. La manera como afronta las cuestiones, pero manifiesta el genio de la sensibilidad evangélica. La luz del Evangelio lleva al hombre a encontrarse a sí mismo y al sentido radical de su vida, de la relación con los demás, de los éxitos y fracasos, del sufrimiento y de la muerte. Jesucristo es esta luz en su misterio personal, especialmente en su muerte y resurrección. En la vida real, las personas concretas tenemos que hacer frente a mil y una situaciones que pueden ser complejas y conflictivas. Cada una pide un arraigo fuerte en el Evangelio y un discernimiento muy acurado para opinar y decidir. Cada problema exige finura, pero no puede ser afirmado o negado, porque en la manera de resolver las cuestiones personales, fami-

liares, sociales o políticas, se pone en juego la fidelidad al espíritu fundamental del Evangelio, que habla de respeto y amor a cada persona, de búsqueda de la justicia, de perdón y de esperanza. El espíritu se juega en las actitudes y en las soluciones concretas, pero estas no son claras, y se tiene que reflexionar, dialogar y, si es necesario, corregir. Vivir a la vez la solidez de las actitudes fundamentales humanas, la complejidad de las cuestiones reales y de la delicada relación de ambos niveles, es un arte del espíritu que GS ha sabido expresar y que queda como ejemplo para la Iglesia y para la humanidad.

4. Conclusión

Terminamos esta presentación como termina el mismo documento de GS, con un grito al amor y a la esperanza: «Los cristianos [...] con la fiel adhesión al Evangelio y con el uso de las energías propias de este, unidos a todos los que aman y practican la justicia, han tomado sobre sí una tarea ingente que han de cumplir en la tierra, y de la cual deberán responder ante Aquel que juzgará a todos en el último día. [...] Por esta vía, en todo el mundo los hombres se sentirán despertados serán estimulados a una viva esperanza, que es don del Espíritu Santo, para que, por fin, llegada la hora, sean recibidos en la paz y en la suma bienaventuranza en la patria que brilla con la gloria del Señor» (93).

GASPAR MORA

Cristo mismo nos habla al proclamar la Sagrada Escritura

Sacrosanctum Concilium proclamó la presencia de Cristo en la Palabra: «[Cristo] está presente en su Palabra, pues cuando se lee en la Iglesia la Sagrada Escritura, es él quien habla» (núm. 7).

No obstante, los santos padres ya lo habían afirmado con claridad. Así, por ejemplo, se expresaba san Jerónimo (†420) al comentar el salmo 147: «Nosotros leemos las Sagradas Escrituras. Yo pienso que el evangelio es el cuerpo de Cristo; yo pienso que las Sagradas Escrituras son su enseñanza. Y cuando él dice: “Quién no come mi carne y bebe mi sangre” (Jn 6,53), aunque estas palabras puedan entenderse como referidas también al misterio [eucarístico], sin embargo, el cuerpo de Cristo y su sangre es realmente la palabra de la Escritura, es la enseñanza de Dios. Cuando acudimos al misterio [eucarístico], si cae una partícula, nos sentimos perdidos. Y cuando estamos escuchando la Palabra de Dios, y se nos vierte en el oído la Palabra de Dios y la carne y la sangre de Cristo, mientras que nosotros estamos pensando en otra cosa, ¿cuántos graves peligros corremos?».

Esta presencia de Cristo en la proclamación del evangelio se mani-

fiesta ritualmente: nos ponemos de pie, se puede incensar el libro de los evangelios, unos cirios pueden situarse a ambos lados del ambón mientras se lee el texto sagrado y un beso de veneración sella la lectura evangélica. Además, el obispo en las celebraciones más solemnes puede bendecir con el Evangelionario al pueblo.

El magisterio dio un paso más a la hora de hablar de la presencia de Cristo en la Palabra con la Exhortación postsinodal *Verbum Domini*, del papa Benedicto XVI, al afirmar la sacramentalidad de la Palabra. Esta tiene su origen en la encarnación, esto es, la Palabra hecha carne (cf. Jn 1,14). Y puede entenderse en analogía con la presencia real de Cristo bajo las especies del pan y del vino consagrados. «Al acercarnos al altar y participar en el banquete eucarístico, realmente comulgamos el cuerpo y la sangre de Cristo. La proclamación de la Palabra de Dios en la celebración comporta reconocer que es Cristo mismo quien está presente y se dirige a nosotros para ser recibido» (núm. 56). Esto es, nosotros recibimos a Cristo en su Palabra, del mismo modo que recibimos a Cristo en el pan y el vino consagrados.

JOSÉ ANTONIO GOÑI